

En otra parte recuerda que aprendió en Roma cuánto dañó a los griegos la cólera de Aquiles, y cuenta luego cómo aprendió en Atenas a distinguir lo justo de lo injusto y a buscar la verdad, bajo la sombra sagrada de los jardines de Academia.

De ese sueño dichoso, de ese comercio divino con Platón y Epicuro, con Píndaro y Homero, con Sófocles y Esquilo, lo arrancó, mozo aún, a los 21 años, la vorágine de la guerra civil, junto con sus amigos, el hijo de Cicerón, Corvino Mesala, Cornelio Galo, y tantos otros.

Hasta allí había llegado, envuelto en la gloria trágica del asesinato de César, Marco Bruto, a quien los griegos locuaces comparaban con Aristóteles y Harmodio, y allí, con aire despreocupado de gran señor, glorioso antes de tiempo, fingía estudiar retórica y filosofía en las escuelas de Theomnesto y de Cratippo, entre cuyos discípulos reclutaba astutamente los oficiales del ejército que quería levantar contra los triunviros. Con él se fueron Mesala y el joven Cicerón, Munacio Planco y Pompeyo Varo, y el propio Horacio antes de los 22 años, recibió el nombramiento de tribuno y el mando de una legión.

Esto ocurría en 710. Dos años más tarde Octavio y Antonio pasaron el Adriático, atacaron en Macedonia las legiones de Casio y Bruto, y las destrozaron en dos jornadas decisivas en los campos sombríos de Filipos, en donde acabó, junto con la gloriosa tentativa de Bruto, la carrera militar de Horacio. Vencido, pobre, confundido con la muchedumbre amargada de los fugitivos, volvió a Roma, en donde lo esperaba la miseria, que según él mismo, más de una vez fué el impulso secreto de sus cantos maravillosos.

Pero tres años más tarde se había serenado, como lo prueba su oda a su amigo Pompeyo Varo.

Varo, como él, fugitivo de Filipos, había continuado la guerra bajo Sexto Pompeyo, en el Mediterráneo, hasta que hubo de someterse a las armas vencedoras de Agripa. A su vuelta a Roma, así lo recibió la musa gentil de su antiguo compañero de armas:

«Oh tú, Pompeyo Varo, que bajo las banderas de Bruto viste a menudo conmigo la muerte tan cerca, ¿qué dón de los cielos te devuelve hoy a tus conciudadanos, a los dioses paternos, al cielo de Italia, a ti, oh el primero y mejor de mis amigos, con quien tantas veces engañé las fatigas del día prolongado, con la dulzura del vino, ceñidos de flores los cabellos brillantes por el aceite perfumado de la Siria? Cerca de ti me tocó ver el desastre de Filipos, las rápidas fugas, los escudos abandonados, el coraje perdido, y el rostro iracundo de los soldados que mordían el polvo vergonzoso. A mí Mercurio rápido, envolviéndome en una nube, me

salvó temblando a través de las muchedumbres enemigas, mientras tú fuiste arrastrado nuevamente a la guerra impía a través de las ondas tempestuosas.

«Cumple pues el sacrificio que debes a Júpiter: reposa a la sombra de mi huerto tus miembros fatigados, y no perdones mis toneles, destinados para ti. Llena tu copa pulida del másico dulce, padre del olvido; vierte los perfumes de las conchas abundosas; que el esclavo nos teja coronas de mirto y que Venus designe al rey del festín. Quiero igualar el delirio de los tracios, dichoso de hallar de nuevo a mi amigo».

En esa época empieza su amistad con Mecenas, ante quien lo llevaron Virgilio y el poeta Quintilio Varo, y luego con el propio Augusto.

Las ideas republicanas se habían muerto en los campos de Filipos. Desde los tiempos de Milón y Clodio los romanos habían perdido la noción de la libertad y de la ley. El paso del Rubicón había sido para Roma una nueva era, en que el orden dependía más que de las creencias, estériles ya, de la voluntad consciente y soberana de un hombre superior. En vano Bruto y sus amigos habían asesinado a César para restablecer la república, pues ella sólo puede vivir al rededor de convicciones sociales profundas y austeras: al día siguiente de su muerte, un soldado oscuro y bebedor ponía en fuga a los asesinos con un discurso patético y el pueblo buscaba, instintivamente, un nuevo jefe. Hallado al fin, después de Filipos y de la derrota de Sexto Pompeyo, los corazones unánimes se volvie-

ron a él. No es de extrañar que Horacio, que en el entusiasmo irreflexivo de los años mozos había conducido una legión republicana en los campos sangrientos de Filipos, se sometiera a los hechos consumados y reconociera que la paz y el orden, la justicia y la ley, la gloria y la prosperidad de Roma, ya que no sus viejas libertades, crecían más bajo la mano silenciosa y firme de Augusto que bajo el consulado nominal de Bibulo o de Planco.

Allí halló la paz y la fortuna y en medio de la quietud jubilosa escribió sus versos risueños, que no quiero ahora juzgar porque están demasiado arraigados en las fibras profundas de mi corazón.

Era un poeta aristocrático, enemigo de la muchedumbre ignorante, erudito y sabio, buscador incansable del ritmo armonioso y escanciador de sutil filosofía epicúrea. Un hondo sentido de la vida, una serena relatividad, un discreto goce del placer honesto, una gracia femenina y exquisita, un dón no igualado de la armonía, hé ahí el resumen de su arte excelso, del que sólo eran dignos de gustar hombres como Virgilio, poeta sin par, Mecenas, alma preclara, Quintilio Varo, águila de la poesía heroica, Corvino Mesala, y tantos otros que figuran en las odas mismas; Sestio, Agripa, Fusco, Munacio Planco, Elio Lamia, Plotio Númida, y las numerosas mujeres que disfrazan hermosos nombres griegos: Lidia, Lálague, Leuconoe.

Para todos ellos la filosofía griega era familiar, y familiares también los recuerdos de la mitología helénica. Para ellos eran seres próximos los héroes

de Homero y los dioses y semidioses que pueblan los mitos: Apolo y Vulcano, Encélado y Reto, Orión, Hércules, Teseo, el adúltero Paris, Aquiles colérico y entrambos Ayaces.

Vosotros recordáis sin duda la historia de Teucro. Hermano de Ajax de Salamina, hijo de Telamón, se cubrió, como su hermano, de gloria en la guerra de Troya. Pero Ajax se quitó la vida por su propia mano, despechado porque los griegos no le dieron las armas del Pelida Aquiles y las entregaron al ingenioso Ulises.

Cuando Teucro volvía a Salamina vencedor, su padre, el viejo Telamón, irritado porque no había vengado en Ulises la muerte de Ajax, lo maldijo, y lo arrojó de la casa paterna y de la patria amada. Pero el héroe no se desesperó, y risueño y alegre juntó a sus amigos afligidos y los condujo a la isla de Creta, en donde fundó para ellos una nueva Salamina.

A este episodio hace alusión el poeta en su oda a Munacio Planco, que voy a leeros.

No os habéis olvidado, sin duda, del ilustre general, Munacio Planco, de tormentosa vida: legado de César en las Galias en 698 y 699, mandó también sus tropas en España poco antes de las jornadas de Tapso y Munda. Después fué prefecto de Roma y gobernador de la Trasalpina, en donde fundó las colonias de Lyon y de Augusta Rauracorum. Siguió a Bruto hasta Filipos y, sometido después a los triunviros, acompañó a Antonio en su vida disoluta de Alejandría. Gobernó una provincia del Asia, que no supo defender contra los partos, y dejó fama de tirano en la de Siria. Vencido Antonio, se hizo, hasta su muerte, decidido partidario de Octavio, quien lo elevó a censor en 731.

Entre dos campañas, amargado de ambición y desengaño, estuvo en Roma, y Horacio, su viejo amigo de las tiendas de Bruto, lo recibió con la oda famosa, cuya traducción me he atrevido a ofrecer, ya que no me es lícito repetirla en su propio verbo original y numeroso:

«Alaben otros a la ilustre Rhodas, o a Mitilene, o a Efeso, o las murallas de Corinto sentada entre dos mares, o a Tebas, patria de Baco, o a Delfos, mansión de Apolo, o los valles deliciosos de Tesalia. Tengan otros por único objeto celebrar en un himno eterno la ciudad de la casta Palas, y adornar su frente con la corona de olivo cogida en cualquier parte. Que muchos poetas, para honrar a Juno, canten a Argos y sus corceles, a Micenas y su opulencia. A mí no me encantan ni la austera Lacedemonia ni las fértiles campiñas de Larisa: me place más la gruta en que resuena el Albúmeo, el Anio que se precipita en cascadas espumosas, el bosque sagrado de Tibur y sus huertos regados por rápidos arroyos.

»A menudo el Noto mismo,

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA